

Las voces del Pamano

El día que enterraron su nombre en el olvido había muy poca gente en la calle. Aunque no hubiese llovido, también hubiera habido poca gente, ya que la mayoría optaron por fingir que les era indiferente mientras seguían el acto, recordando tantas lágrimas, desde una ventana discreta o desde la valla de su huerto. El alcalde había decidido que se haría la ceremonia por mucho que lloviera; pero no dijo que la razón profunda de ese ataque de voluntad política era que había quedado a las dos con un cliente en Sort y que le esperaba un arroz caldoso en Casa Rendé con el que ya soñaba. Pero él era un Bringué y quería dejar claro a todo el pueblo, incluida casa Gravat, que ese acto se celebraría aunque diluviase. Hicieron el cambio, pues, con la presencia del alcalde, de los regidores, del secretario y dos voluntariosos turistas extraviados, con un impermeable chillón, que no sabían de qué iba la cosa pero que no dejaban de sacar fotos de las singulares costumbres de los habitantes de la alta montaña, además de Serrallac, imprescindible, y de la Báscones, que nadie entendía qué hacía allí, por el amor de Dios, en un acto como ése. Frenocolopexia. Jaume Serrallac había fabricado las cuatro magníficas placas de mármol gris claro y letras negras cuya elegancia reclamaba calles más distinguidas, paredes más enteras y un pueblo más acabado. La que decía “Carrer President Francesc Macià” sustituía a la de “Calle Generalísimo Franco”. La de “Carrer Major” cubría la de “Calle José Antonio”, la de “Plaça Major” sustituía la de “Plaza de España” y la de “Carrer del Mig” estaba en el lugar de la de “Calle falangista Fontelles”. Como todo ya estaba listo, los agujeros estaban preparados y Serrallac tenía mucha mano izquierda y su negocio iba viento en popa con todos tantos cambios en la rotulación como comportaba la muerte de la dictadura, todo fue coser y cantar. Como la última placa, la del falangista Fontelles, se resistía a desencajarse, la tuvo que hacer añicos a golpes de maceta contra la propia pared. Después, tiró los trocitos de historia triste al contenedor que había delante de casa de los Batalla. Los fragmentos del falangista Fontelles profirieron un grito mudo e impotente que se unió al gemido casi inaudible que procedía del porche de casa Gravat, de la figura tiesa e inmóvil que se cogía a la barandilla y que nadie, salvo los gatos, percibió. Dos mujeres mayores, una anciana, siguieron la ceremonia desde la parte alta de la Rasa, muy abrigadas. Una vez se aseguraron de que Serrallac ya había hecho añicos la placa antigua, bajaron poco a

poco por el carrer del Mig, cogidas del brazo, mirando todas las fachadas, las ventanas y las puertas, y haciendo breves comentarios, íntimos, de vez en cuando, quizá para disimular la turbación que sentían sabiendo que muchos ojos las observaban desde el interior de sus casas, con la misma impunidad con que habían espiado la ceremonia del cambio de placas de su calle. Al llegar al contenedor, se asomaron como si necesitaran constatar algo. El grupo de las autoridades ya estaba en Francesc Macià, camino de la Plaça Major, para hacer el último cambio programado, donde el señor alcalde tenía previsto decir cuatro palabras sobre el espíritu de reconciliación que significaba el acto de reposición de los nombres de siempre. A partir de entonces, con el silencio habitual de esa parte de la calle, en Torena nadie volvió a pensar en Oriol, y salió un suspiro de alivio de todas las casas porque todo el mundo pensaba que por fin desaparecía uno de los símbolos de tanta discordia. Nadie en el pueblo, salvo esa sombra que se limpiaba las gafas en el porche de la casa Gravat y pensaba ya veréis quién se ríe el último, volvió a pensar más en Oriol Fontelles, hasta que veinticuatro años después se empezó a derribar el edificio solitario e inútil de la escuela vieja para hacer frente al siglo veintiuno con un pueblo más ordenado aseado.

Como era de esperar, la directora de la escuela de Sort le encargó a Tina Bros que fuera a Torena y que asomara las narices, oficialmente, entre las pertenencias del edificio de la escuela antigua, porque estaban imaginando una exposición sobre la evolución del material escolar y seguro que en aquel pequeño edificio encontrarían cosas. Material carca y cosas parecidas. Como estaba preparando el libro, la convirtieron en la investigadora oficial de la escuela. Así que Tina, que tenía la cabeza en otras cosas, tuvo que subir, a desgana, por segunda vez en tres días, a Torena, con su insólito Doscaballos rojo. No sabía que aparcaba bajo la placa que veinticuatro años atrás había reinstaurado el nombre originario de Carrer del Mig. Pidió las llaves de la escuela en el Ayuntamiento, donde le dijeron que no las tenían, que los albañiles ya estaban allí trabajando, y cuando llegó ante el edificio, en el último pueblo, el último del pueblo, por la parte del camino de la loma de Triador, se encontró que empezaban a desmontar el tejado, losa a losa. Sin pensarlo dos veces, cogió la cámara pequeña, la de la película sensible, y aprovechando la claridad

vacilante del crepúsculo hizo tres instantáneas del edificio. En ninguna había encuadrado a los albañiles encaramados en el tejado. Quizá alguna de esas fotos serviría para el libro. Ojalá. Por suerte, los albañiles habían empezado por los lavabos. Le dio tiempo de revolver los dos armarios del aula, de ensuciarse las manos con la negrura pastosa del polvo de muchos años, de sentenciar papeleo inservible, de indultar una docena de libros concebidos con una pedagogía prehistórica, aunque tenían su encanto de cara a la exposición, y de escuchar el retumbar de la maza de los albañiles, que empezaban a condenar aquel edificio a la nada. Todo el material que había reunido le cabía holgadamente en la caja de cartón que había traído de Sort. Estuvo bastante rato mirando a la lejanía por la ventana, con los ojos abiertos, pensando si lo que se disponía a hacer al salir de la escuela no era un ataque contra su propia dignidad. Seguramente, sí; pero Jordi no le había dejado ninguna escapatoria. Dos minutos más con la boca abierta; ninguna escapatoria. ¿Por qué Jordi era así? ¿Por qué Arnau era así?, Dios. ¿Por qué en casa no se hablaba nunca de nada?, ¿por qué eran tan cerrados?, ¿por qué Arnau era cada vez más lejano, tanto que se pasaba días fuera de casa y no decía más que vaguedades sobre con quién iba? Tras mucho rato ensimismada en esos pensamientos agrios, suspiró, bajó la vista y se reencontró con la escuela vacía de Torená. Hizo un esfuerzo para dejar de pensar unos instantes en los dos, especialmente en Jordi. Entonces se le ocurrió mirar los cajones de la mesa de la maestra. En el primero, aparte de la retahíla de recuerdos invisibles que huyeron al abrirlo, todavía había cuatro virutas de alguien que le sacó punta a un lápiz. En los otros dos no quedaba nada, ni siquiera recuerdos. A través de los cristales sucios el día iba declinando perezosamente y, de pronto, se dio cuenta de que hacía rato que se habían acallado los golpes de mazo.

En la pizarra había un clarión medio mordido. Lo cogió y no pudo contenerse. Con buena letra de maestra escribió la fecha: miércoles, 13 de diciembre de 2001. Y se volvió, como si hubiera niños en los pupitres carcomidos, para contarles qué harían a lo largo del día. Pero se quedó boquiabierto porque al fondo, aguantando la puerta del aula, un albañil mal afeitado, con un cigarrillo en la boca, una caja de puros en una mano y una lámpara de gas de camping en la otra, también se había quedado boquiabierto. Pero fue el primero en reaccionar:

-Señorita... Nosotros nos largamos, que ya no vemos nada. ¿La devuelve usted, la llave?

Se le acercó, con la luz y un manojo de llaves colgando de los tejanos blancos de polvo, y a Tina le pareció que era un niño que le traía la libreta y que ella era la maestra de toda la vida de aquella escuela. El albañil dejó la caja de puros sobre la mesa.

-Esto lo hemos encontrado detrás de la pizarra.

-¿De esta pizarra?

El albañil se acercó a la pizarra y la deslizó lateralmente, aunque parecía empotrada en la pared; la deslizó, con un gemido doloroso, casi dos palmos hacia un lado y dejó al descubierto una pequeña cavidad oscura. Le acercó la luz.

-Aquí dentro.

-Como el tesoro de un pirata.

El albañil volvió a colocar la pizarra en su sitio.

-Son cuadernos de los chiquillos -dijo. Y dio dos golpecitos en la caja. Era una caja de puros bien conservada, atada con un cordel de color negro.

-¿Me la puedo quedar?

-La iba a tirar.

-¿Podría dejarme la lámpara de gas de camping?

-Si se queda aquí se agarrotará de frío -le advirtió mientras le tendía la lámpara.

-Voy muy abrigada. Gracias -por la luz.

-Cuando se vaya, cierre con llave y deje la bombona en la entrada. Mañana ya la encontraremos.

-¿Cuánto tardarán en demolerlo todo?

-Mañana ya estará. Hoy sólo hemos preparado el trabajo. Es poca cosa, este derribo.

Y saludó como si fuera un marine, poniéndose un dedo desganado en la sien. Cerró de golpe y su parloteo y el de sus dos compañeros se fue desvaneciendo a través de la ventana sucia, hasta que reinó tanto silencio que casi se oía la tos de Elvira Lluís, esa niña que se sentaba en la primera fila y que cincuenta y seis años atrás había muerto de tisis. Tina miró a su alrededor. La lámpara de gas de camping sólo iluminaba nuevas sombras desconocidas. Este derribo es poca cosa, pensó. ¿Cuántas generaciones de niños han aprendido a leer y a escribir aquí?, pensó. En un

día, todo derrumbado, suspiró.

Volvió a la mesa y se dio cuenta de que el albañil tenía más razón que un santo: el aula era un congelador. Y la luz del día declinaba cada vez más deprisa. Dejó la lámpara sobre la mesa del maestro y pensó en el tesoro del pirata. Imagínate que hubiesen derribado la escuela con los diamantes dentro, pensó... Desanudó el cordel negro y abrió la tapa: los diamantes eran unos cuadernos de color azul claro o verde claro, no se veía demasiado bien, con la palabra Cuaderno escrita en diagonal, con una caligrafía negra de imprenta. Cuadernos de los chiquillos. Dos, tres, cuatro cuadernos. Qué lástima que no sean diamantes, suspiró. Y la punzada que volvía, puntual.

Abrió uno. Enseguida le llamó la atención la letra ordenada, armoniosa, legible, que llenaba de arriba abajo todas las páginas. Y de vez en cuando, alguna ilustración. Los cuatro cuadernos eran iguales. En el primer cuaderno, un rostro. Ella no lo sabía, pero era un autorretrato de Oriol hecho ante el lavabo de los niños. Un hombre de mirada triste. En el segundo, una casa con un rótulo debajo: "Casa Gravat". En el tercero, a ver..., una iglesia. La iglesia de Sant Pere de Torena. Y un perro tipo Springer Spaniel, con los ojos más tristes que Tina había visto jamás, y que probablemente se llamaba Aquiles. Y en el último cuaderno, el esbozo del retrato de una mujer, empezado, modificado, corregido mil veces y abandonado a medias, sin labios y con los ojos vacíos, como las estatuas mortuorias de mármol con que comerciaba Serrallac en su taller. Se sentó y no se dio cuenta de que su aliento, a causa del frío, salía en forma de niebla, como si quisiera ocultar el hallazgo de esos cuatro cuadernos. ¿Dónde había oído ese nombre? Hacía muy poco, sí. Como si alguien se lo hubiera comentado hacía poquísimo.

Tina Bros empezó a leer llevada por la curiosidad, sin sospechar siquiera lo que le iba a caer encima. Empezó por la primera página del primer cuaderno, a partir de la cabecera que decía querida hija que no sé cómo te llamas, aunque sé que existes porque he visto tu manita, pequeña y dulce. Quisiera que cuando fueras mayor alguien te diera estas líneas, porque quiero que las leas... Temo lo que puedan decirte de mí, especialmente tu madre.